

Avanzó Norris hácia Lisboa. El archiduque, determinado á resistirse, mandó quemar todos los almacenes fuera de muros, y se preparó dentro para sostener un sitio si fuese necesario. Trató de asegurar las personas que pasaban por mas adictas á don Antonio, mientras las que habian seguido la parcialidad del rey y los españoles residentes en Lisboa, temian la vuelta al poder, del prior que estaba á las puertas. Hubo en la capital momentos de mucha confusion, mas ningun pronunciamiento en favor del príncipe proscrito.

Siguió Norris avanzando poco á poco, y entró en los arrabales de la capital, que puso á saco; para tomar á viva fuerza la ciudad no tenia medios, pues aquella guarnicion crecia y el archiduque preparaba activamente su defensa.

El pais estaba quieto. Ni las proclamas de don Antonio ni las cartas que escribió á sus numerosos partidarios producian el menor efecto. El duque de Braganza se presentó en Lisboa con cien infantes y cien caballos, poniéndose á disposicion del archiduque. Pocos dias despues llegó don Alonso de Vargas con su gente. Al mismo tiempo entró en la capital otro refuerzo de seiscientos hombres de Entre-Duero y Miño; de modo que el archiduque tenia ya medios de mandar hacer salidas. Asi se hizo en efecto por dos veces, mas sin fruto por una y otra parte al fin de una hora de refriega.

Viendo el coronel inglés que nadie en Lisboa se movia á favor de don Antonio, que el pais estaba quieto, y que seria inútil intentar un ataque á viva fuerza sobre una plaza dispuesta á resistirle, levantó sus reales y se movió camino de Cascaes, á donde llegó sin obstáculo, á pesar de que el conde de Fuentes trató de picar su retaguardia. Con Drake, surto en aquel puerto, concertó la vuelta de la expedicion á Inglaterra, y aunque don Antonio se oponia, fué preciso hacerlo asi, pues Drake no habia sido mas feliz por mar que el coronel en tierra. Por otra parte carecian de víveres, y los buques se hallaban

medio infestados; tan grande era el número de los enfermos. La expedicion levó anclas y tomó la vuelta de Inglaterra, á donde llegó poco mas de la mitad de los buques y la gente que con la vana esperanza de un gran botin se habia embarcado sin saber apenas el objeto de la empresa.

CAPITULO LXII.

Asuntos de los Países-Bajos despues del descalabro de la armada.--Sitio de Berg-op-zoom.--Repulsa.--Siguen las operaciones con poca actividad.--Toma de varias plazas.--Entran los españoles en Bimberg y Gertruidenberg.--Recupera el príncipe Mauricio á Ereda (1).

1588—1590.

FUE testigo el duque de Parma del descalabro de la armada española sin poder dar paso alguno en su socorro. Aguardando con sus tropas listas el momento favorable de pasarlas á su bordo, vió destruidos todos sus trabajos para aprestar un armamento que iba á producirle tanta gloria. A esta mortificacion tan natural en un hombre de su temple y sentimientos, se agregaba el disgusto de saber que se le atribuia una gran parte del malogro de la empresa. Decian sus émulos, que á presentarse prontamente con sus fuerzas de tierra á bordo de la armada, no se hubiese visto precisada á estar tantos dias delante del puerto de Calais, pudiéndose efectuar el desembarco en Inglaterra antes que sobreviniese la horrosa tempestad. No dejó de fomentar estos rumores el mismo duque de Medinasidonia, sucediendo en esto como en tantos casos desgraciados, que cada uno achaca á cul-

(1) Las mismas autoridades que en todos los capítulos relativos á los Países-Bajos.

pa ajena lo que ha sido efecto de la suya. Tenia en defensa el príncipe de Parma la simple consideracion de que era imposible verificar semejante traslacion á un hombre desprovisto de buques para contrarestar á los zelandeses y holandeses, que en las costas de Flandes hormigueaban, pues los barcos que él habia mandado construir no eran de combate y si solo de transporte para conducir sus tropas al abrigo de la escuadra. Era pues necesario que este se hubiese acercado á las costas para apoyar la salida del de Parma, aproximacion muy difícil, como ya hemos dicho, por lo crecido de sus buques, nada á propósito para costas de tan poco fondo. La falta estaba pues en los que habian preparado aquella escuadra sin arreglar la dimension de los navíos á los mares en que tenian que presentarse; no en el de Parma, que debia de confiar naturalmente en su posibilidad de salir al abrigo de las naves. Pero como en estas disputas y controversias no reina jamás la buena fé, natural era que sin dar á todas estas razones el suficiente peso, circulasen en España, en Italia y otras naciones extranjeras rumores poco favorables á la buena fama de Alejandro. Que mediasen en eso deseos de malquistarle con el rey, tanto en las personas de su córte como en otras de mas alta clase, es muy probable teniendo en consideracion los triunfos obtenidos por el duque en los Países-Bajos. Ni á los estados, ni á la reina de Inglaterra, ni á los demas enemigos de Felipe II, convenia la presencia en Flandes de una persona cuya capacidad militar les habia sido tan funesta. Que empleasen cuantos medios fuesen posibles para romper la buena inteligencia en que estaba con el rey, debe presumirse fácilmente: que la reina Isabel no fuese la menos activa en propalar estos rumores, parece natural en una princesa astuta á quien el duque de Parma hacia tanta sombra. Algunos dicen que se llegó hasta tentar su fidelidad con la perspectiva de mas grandes ventajas si se apartaba de la obediencia de Felipe, y que Farnesio recibió estas insinuaciones ó consejos con las

muestras del mas sentido enojo. El hecho es que en nada se alteró su buena inteligencia con el rey, como lo demuestra toda su conducta sucesiva, y que despues de frustrados sus designios de pasar á Inglaterra, se aplicó á continuar la guerra en el pais con su actividad acostumbrada.

La reunion de tantas fuerzas para dicho desembarco sobre aquel pais le podia ser útil, á lo menos, para acabar de reducir á la obediencia del rey todas las provincias disidentes. No era sin duda despreciable el número de cuarenta mil hombres de guerra, cuando Alejandro llevaba ya reducidas las meridionales, que eran sin duda las mas ricas. Mas la fuerza de los ejércitos de entonces no podia ser permanente por lo mucho que costaba. Se las reunia en las grandes necesidades: se licenciaban cuando habian pasado los motivos. Así sucedió sin duda con las de Alejandro, pues de otra manera hubiese continuado la guerra con mas viveza y mas ventajosos resultados para el rey de España. Por otra parte se hallaban los estados cada vez mas animosos con los reveses que acababa de padecer su antiguo soberano. Habian aprovechado el respiro que les habia dado Farnesio allegando nuevas fuerzas de tierra y mar, aumentando las fortificaciones de las plazas, y creándose nuevas riquezas debidas á la navegacion y á la industria. A la cabeza del pais continuaba el príncipe Mauricio, tan hábil en las artes del gobierno y mas hombre de guerra que su padre. Aunque no podia llamarse rival de Farnesio, se mostraba un digno competidor suyo, cuyo genio le ponía muchas veces en apuro.

Con estos preliminares pasaremos al simple relato de la continuacion de aquella guerra. Habia pasado ya lo principal de la buena estacion del año 1588, y no podia por lo mismo ser muy larga la campaña.

Dividió el duque de Parma su ejército en tres trozos. Puso el uno al mando del conde Ernesto de Mansfeld, con orden de situarse en la provincia de Güeldres; en-

vió el segundo al electorado de Colonia, donde el arzobispo Ernesto acababa de perder á Bonna, mientras el mismo duque á la cabeza del tercero pasó á poner sitio á la plaza de Berg op-zoom, que acababa de ser tomada por los estados, y donde se hallaba de gobernador el coronel Norris con un cuerpo considerable de ingleses.

Está la plaza situada sobre el rio Zoom, que desemboca en el Escalda, mucho mas abajo de Amberes. Como todas las de aquel pais está rodeada de terrenos pantanosos, fáciles de inundar por medio de canales. A las inmediaciones se halla la isla de Tolem, una de las muchas que forman los diversos brazos de aquel rio caudaloso. Es Berg-op-zoom la última plaza de Brabante por aquella parte, y la única de la provincia que no estaba sujeta á la obediencia de las armas españolas. Trató Alejandro de comenzar la expugnacion de la plaza con la de Tolem, y con este objeto mandó al marqués de Renti con sus valones. Marchó en efecto este jefe, mas tuvo que desistir de la empresa por lo inaccesible de la isla y la resistencia que pusieron al desembarque la guarnicion de un castillo fuerte que la defendia. Desesperanzado el de Parma de su posesion, aplicó todas sus fuerzas á la toma de la plaza.

Para llegar á sus murallas necesitaban los españoles apoderarse de un castillo fuerte que tenian por delante y que les servia de baluarte. Se hallaba guarnecido este castillo por ingleses como el cuerpo de la plaza. En él tenia inteligencias Alejandro por medio de algunos españoles. Sea porque asi lo deseasen ó por ficcion y obrando de orden de sus superiores, les propusieron algunos soldados ingleses el abrir las puertas del castillo á las tropas de Alejandro. Hubo mensajes de una y otra parte, y el duque de Parma dió garantías de cuantiosas recompensas por el rey, á tener ejecucion lo prometido. En medio de estas negociaciones tuvo avisos el gobernador inglés de cuanto se tramaba, y para adormecer mejor á los españoles y cogerlos en un lazo hizo que el plan

pasase adelante, sirviéndose de los mismos instrumentos que ahora trabajaban por su propia cuenta. Cuando á los españoles se hizo ver que la cosa estaba ya arreglada, se presentó uno de los supuestos conjurados en su campo cerrada ya la noche, y les manifestó que dentro de una hora á una seña convenida se les abririan las puertas de la plaza. Se destacaron treinta hombres para que acompañados del falso espía se acercasen sigilosamente á las puertas del castillo. A poca distancia de este cuerpo de descubridores se puso en movimiento el tercio de Sancho de Leyva para echarse rápidamente sobre la puerta al instante que la abriesen. Con esta confianza marchaban las tropas sin que les arredrase la oscuridad ni el tener que atravesar terrenos pantanosos.

Al llegar á la puerta del castillo los descubridores, se les escapó el guia envuelto en la oscuridad sin que pudiesen dar con su persona. Era ya demasiado tarde para reparar su error, pues ya conocieron que los habia vendido aquel falso confidente. Habia en efecto acudido la guarnicion del castillo á las murallas correspondientes á la puerta y comenzaron á hacer fuego sobre los treinta hombres, dejándolos atónitos, sin medio de huir ó repararse. El tercio que seguia las huellas, en lugar de retroceder como las circunstancias se lo aconsejaban, avanzó con precipitacion en auxilio de la vanguardia, sin sospechar todavía la traicion de que era víctima. Recibieron asi los tiros de los arcabuces y las baterias, sin poder utilizar los suyos, pues los enemigos estaban á cubierto. Tuvieron al fin que retroceder despues de una pérdida muy considerable entre heridos y muertos. En cuanto al duque de Parma. viéndose burlado por los falsos confidentes, sin esperanza ya de hacerse dueño á viva fuerza del castillo, se vió obligado á retirarse de la plaza, mas no sin hacer construir antes algunos fuertes en los alrededores, para que le sirviesen de apoyo cuando volviese á otro sitio, y tener encerradas á las tropas que la guarnecian.

Mas feliz fué la division que á las órdenes del conde de Chimay envió el duque al territorio de Colonia. Se habia apoderado de la plaza de Bonna el general Schenken de la parcialidad de Truschen, y el elector Ernesto, sin medios de recuperarla, habia remitido al expediente de ajustar con Schenken una tregua. Como esto no era lo que convenia al duque de Parma, por la proximidad de los enemigos á los Países-Bajos, envió de concierto con el elector las tropas referidas, donde ademas del conde de Chimay, se contaba al italiano Capisucci y al español Pedro de Tasis. Se presentó el cuerpo expedicionario al frente de la plaza de Bonna situada á la izquierda del Rin, con algunos castillos que la defienden por la orilla opuesta. Era la opinion de Tasis que se empezase por aquí el ataque; la de Chimay, que se acometiese desde luego el cuerpo de la plaza. Prevaleció este dictámen y se comenzaron las obras de sitio. Murió en el reconocimiento de una de ellas Tasis, capitán de grande mérito y distinguidos servicios, y como fué reemplazado por Francisco Verdugo, opinó éste á su llegada al campo, por lo mismo que habia aconsejado su antecesor, á saber, que comenzasen los ataques por las obras exteriores. Del mismo parecer fue Espinelli, maestre de campo en las tropas italianas. Accedió al proyecto el general; se procedió al asalto por aquella parte; mas acometieron las tropas tan desordenadamente, que tuvieron que retirarse con notable pérdida. En vista de lo inútil de estas embestidas, procedió Chimay con orden mas metódico; continuó las obras de sitio, recurrió al medio de las minas y con su auxilio llegó á derribar el baluarte principal que avanzaba hácia el campo en forma de martillo. A pesar de ser este la principal defensa de la plaza, no daban los defensores muestras de rendirse. El gobernador Schenken se hallaba fuera cuando empezó el sitio, mas esta misma circunstancia aumentaba el ánimo de los sitiados, que aguardaban á cada momento su llegada con refuerzo de hombres y de víveres. Tal era en efecto el desigmo del general alemán; mas le fué im-

posible penetrar por las líneas de los sitiadores. Para divertir la atencion del conde de Chimay, amagó embestir la plaza de Nuiss, contando con que el español enviase algunas fuerzas en su socorro y le ofreciese mas facilidad de entrar en Bonna; mas aquel, sin pensar en moverse, solo se aplicó á estrechar mas y mas el sitio de esta plaza. Se vieron los de adentro en los últimos apuros, sin víveres, sin municiones, con la brecha abierta. En esta situacion, no atreviéndose á correr los azares de un asalto, pidieron capitulacion y la obtuvieron, permitiéndose libre salida á la guarnicion con sus equipajes, mas sin ningunos honores de la guerra.

Libertado ya de enemigos, encargó el duque de Parma al conde de Mansfeld el sitio de la plaza de Wachtendonck situada en el litoral de la provincia de Holanda, fuerte por su construccion y mucho mas por el terreno pantanoso donde está situada. Se presentaba por lo mismo la empresa muy dificultosa, y no faltaron quienes quisieron disuadir á Mansfeld de acometerla; mas no le hicieron impresion, y con toda confianza se presentó delante de sus muros. Para remediar los inconvenientes del terreno mandó construir algunos fuertes, por medio de los que facilitaba las comunicaciones entre sus cuarteles. Mas los aproches de la plaza ofrecian muchísimas dificultades por la imposibilidad de abrir brechas en un terreno tan fangoso. A todos estos inconvenientes, buscó remedio el conde de Mansfeld, y los trabajos del sitio avanzaban sin cesar aunque lentamente. A pesar de que era mucha la actividad del general español y grande su teson en llevar á término la empresa, es dudoso que llegase á conquistar la plaza sin el auxilio de las bombas que acababan de inventarse y se ensayaron por primera vez en este sitio. Hicieron desde luego tan formidables proyectiles su efecto natural, derribando edificios, incendiando barrios enteros, y sobre todo sobrecojiendo de espanto y terror al vecindario. Se pedia á voces la capitulacion con un enemigo que los amenazaba de una ruina inevitable. Mas el gobernador

Lantier se mostró sordo á tantos gritos, en sus apuros y desesperacion dispuso una salida á cuya cabeza se puso él mismo, trabando con el enemigo una pelea dentro de los fosos. Fué terrible el choque, mas tuvieron los sitiados que ceder al mayor número, habiendo quedado el gobernador muy mal herido. Con esto se aumentó el pavor del vecindario, y no siendo ya un obstáculo la resistencia de aquel jefe, se ajustó la capitulacion con Mansfeld, casi en los mismos términos que la de Bonna, saliendo la guarnicion con equipajes y sin armas.

A la pérdida de Wachtendonck por los Estados, se siguió la de Gertruidenberg, plaza de la Holanda guarnecida á la sazón con tropa inglesa. De la poca armonía que reinaba entre estos auxiliares y los confederados, no podían menos de seguirse infidencias y traiciones. Por otra parte escaseaban las pagas como siempre, y los ingleses se quejaban altamente de lo mal recompensados y atendidos que se hallaban sus servicios. Reinaba mal espíritu en las tropas que guarnecían la plaza ya citada, de lo que noticioso el conde Lanzavechia, gobernador de Breda, plaza muy vecina á la Gertruidenberg, intrigó con el de esta y los principales de la guarnicion para que pasasen al servicio del duque de Parma quien recompensaría sus servicios con la liberalidad generosa á que estaba acostumbrado. Enviaron en efecto los ingleses comisionados á Alejandro, brindándole con la entrega de la plaza, cuyas proposiciones acogió el duque con muestras de cordialidad, ofreciendo recompensas por tan gran servicio. Para aprovecharse de la promesa se puso en marcha, camino de Gertruidenberg, con un cuerpo de tropas escogidas, y fué tan á tiempo esta medida, cuanto que el príncipe Mauricio, sabedor de lo que en aquella plaza se tramaba, se movía por su parte para entrar en ella antes que ocurriese esta desgracia. Noticioso Mauricio que se acercaba el duque de Parma con fuerzas superiores, tuvo que retroceder y renunciar á su designio. Los ingleses, restantes en el suyo, se pronunciaron por el duque de Par-

ma, y le abrieron sin resistencia las puertas de la plaza. Recompensó Alejandro con liberalidad esta traicion, y dejó por gobernador en Gertruidenberg al mismo Lanzavechia, conservándole en el mando que tenía ya de la de Breda.

En abril del mismo año (1589), se marchó Alejandro á los baños de Spá, por el mal estado de su salud, dejando en su ausencia al conde de Mansfeld con el mando del ejército. No era este jefe querido sobre todo de los españoles, que le tenían por poco afecto á los de su nacion y por sobrado duro. Comenzaban á resentirse estas tropas de los vicios de insubordinacion y disciplina que se introducen con una guerra dilatada, en que por precision hay que soltar tantas veces el freno á la licencia. No siendo ya muy activas las operaciones, se abandonaban á todas las disipaciones que lleva tras de sí la ociosidad y la profesion misma de las armas, en que los hombres son mas sedientos de placeres por lo mismo que experimentan mas duras privaciones. Se sintió en los campamentos y las guarniciones la falta de Alejandro, á quien temían tanto cuanto amaban, cuya severidad sabía desplegar tan frecuentemente como su munificencia. Comenzaron los disgustos, las murmuraciones, la desaprobacion casi pública de la conducta de Mansfeld, á quien faltaba mucho de la popularidad que tanto distinguía al general en jefe. Según las instrucciones que éste le había dado, no fué remiso en continuar las operaciones militares. Se apoderó de la plaza de Heel, situada junto al Rin, y de la isla de Bommel sobre el mismo. Procedió en seguida á la operacion de fortificar este último punto para que le sirviese de base de sus operaciones sobre Holanda, cuando un tercio de infantería española, llamado el tercio viejo mandado por Sancho de Leiva, comenzó á dar síntomas de abierto descontento, propasándose á murmuraciones públicas contra Mansfeld, objeto de su grande antipatía.

De las palabras pasaron á los hechos, prorumpiendo una noche en abierta sedicion y dirigiéndose formados á

la plaza de armas. Se esparció la alarma en todo el campo, atribuyéndose el alboroto á una acometida de los enemigos; mas tardó poco en saberse la verdadera causa, al oirse claramente los gritos sediciosos pronunciados contra el jefe. Por fortuna no estaban los demas españoles en los mismos sentimientos. Pronto se armaron otros dos tercios al mando de Manrique y Bobadilla, que acudieron á refrenar la insolencia de los sublevados. Viéndose estos acometidos por los que creian ser sus auxiliares tuvieron que reducirse al silencio, y la sedicion se dispó tranquilamente, volviéndose los amotinados á sus alojamientos en medio de las tinieblas de la noche. Envió Mansfeld al duque de Parma una relacion de lo ocurrido con sumaria informacion del hecho. Pareció muy grave el asunto al general en jefe, y mandó que siguiesen adelante las averiguaciones, resuelto á castigar como lo tenia de costumbre, todo atentado contra la obediencia y disciplina. A pesar de que el tercio culpable era de los mas aventajados en la guerra, y en quien tenia puesta gran confianza, dió las órdenes de que pasase á Namur y de aquí á Thiel, donde era su intencion el desarmarle. En vano le hicieron ver algunos de los jefes principales los inconvenientes de deshacerse de un cuerpo tan valiente, y que por sus muchos años de servicio se le daba la denominacion de tercio viejo. Respondió Alejandro que no habia servicios por distinguidos que fuesen, bastantes á borrar la mancha de la insubordinacion é indisciplina, y que valia mas un tercio menos aunque esforzado, que tolerar faltas que podian arrastrar consigo la ruina del ejército. Sus órdenes se llevaron, pues, á efecto. Habiendo llegado el tercio á Thiel, se le mandó formar, mientras hacian la misma operacion un regimiento de caballos alemanes, y dos tercios de infanteria española que rodearon los culpables. Se leyó despues en alta voz el bando ú orden del duque de Parma, de que el tercio de Sancho de Leiva habia dejado de existir por su delito de indisciplina, y en seguida se procedió á la separacion de sus

compañías y despojos de las armas. Prorumpieron aquellos veteranos en quejas y hasta llanto, enseñando unos sus canas, otros desabrochándose el pecho para que viesen mejor sus cicatrices, quiénes abriendo su boca para manifestar que se les habian caido los dientes en servicio de España. Mas no era el designio de Alejandro deshacerse de soldados tan valientes, pues luego que se cumplió el acto de justicia, dispersó las compañías en los otros tercios, formando uno nuevo con las que sobraban en virtud de este arreglo. A los oficiales que no habian tenido parte en el alboroto, conservó en su gracia, y el maestre de campo Sancho Leiva, soldado valiente y experimentado, quedó á las inmediaciones de su persona, para que le sirviese de consejo ú otro modo que le conviniere.

Sucedió este desarme del tercio de Sancho de Leiva á principios de 1590, tres meses despues del regreso de los baños. En aquel intervalo habian tenido lugar algunos acontecimientos militares de escasa importancia y que no mencionamos por lo mismo. Ninguno de los generales en jefe se mostraba muy activo; el de Parma, sin duda por falta de fuerza; el príncipe Mauricio, tal vez por lo mismo y la necesidad de atender á los negocios que la nueva organizacion del pais originaba. Era la indole de aquella guerra caminar lentamente, como arrastrándose sin que jamás se diese alguno de aquellos golpes que por su importancia deciden la contienda. Ya llevaba la de los Países-Bajos mas de veinte y dos años de duracion con innumerables sitios y combates, y en este teatro habian combatido los principales capitanes de aquel siglo y las tropas de casi todas las naciones de Europa. Habia reducido Alejandro á la obediencia del rey todas las provincias meridionales, incluso el Brabante; conservaba las de Güeldres y la Frisia, mientras las de Holanda parecian arrancadas para siempre al dominio de los españoles. Para continuar sucintamente nuestra relacion diremos que no habiéndose concluido del todo por aquel tiempo la guerra

de Colonia, por permanecer todavía la plaza de Rimberg en poder de los de la parcialidad de Truscher, se movió por disposición de Alejandro el marqués de Barambon para ponerle sitio. Comenzó éste por la expugnación y toma de la torre de Bieck, pasó después al sitio de la plaza de Bliembeek, y después de apoderado de ella emprendió el de Rimberg, objeto principal del movimiento. Opuso la plaza una seria resistencia. Acudió á su refuerzo el famoso Schencken, y aunque fué derrotado en el primer encuentro, volvió de nuevo y tuvo su desquite, mas sin lograr por eso que levantasen el sitio de la plaza, que tuvo que rendirse al fin abandonada á sus recursos. Con la toma de Rimberg, concluyó la guerra de Colonia, y la parcialidad de Truschen quedó destruida para siempre.

Por aquel tiempo hizo un movimiento Schencken sobre la plaza de Nimega, situada á las márgenes del Vaal, y pensando tomarla de sorpresa, llevó una noche sus tropas por agua desde el fuerte de Schencken, que se halla á pocas leguas de distancia. Llegó la expedición á los mismos muros de la plaza, cubierta con la oscuridad, y cuando esperaba entrar sin ser sentida, se oyeron voces de alarma que pusieron la guarnición en movimiento. Acometidos los de Schencken, no pensaron mas que en la retirada y en la fuga, volviéndose á sus barcos; algunos zozobraron y encallaron con la pérdida de mucha gente. Fué uno de los ahogados el mismo Schencken, jefe valiente y de capacidad, enemigo muy temible de los españoles á quienes habia servido.

Por el mismo tiempo ocurrió la toma de la importante plaza de Breda por el príncipe Mauricio, siempre ansioso por el recobro de una ciudad que era de su propio patrimonio. Ya hemos visto que su gobernador Lanzavechia habia pasado á serlo también de Gertruidenberg recién caída en manos de los españoles. Tal vez á esta disposición poco acertada se debió la pérdida de Breda. Residiendo Lanzavechia en la primera de estas plazas, confió

interinamente el mando de la última á un hijo suyo, hombre de pocos años y menos experiencia. Fiado en su poca vigilancia y precaución apeló el príncipe de Orange á la estratagema de introducir en la plaza como unos cien hombres armados en el fondo de una barca cubiertos con un tablado que no se dejaba ver, aparentando la barca estar cargada con tierra combustible. Así entraron en Breda sin ser objeto de sospecha. Cuando llegó la noche, salieron los soldados escondidos, y haciendo las señales en que estaban de inteligencia con parte de la guarnición, se apoderaron de las puertas de la plaza y las abrieron á las tropas del príncipe Mauricio, que no estaban lejos. Fué muy sensible este golpe para el duque de Parma, y aunque envió fuerzas considerables en recobro de la plaza, tuvo que emplearlas en el refuerzo de la guarnición de Nimega, que estaba seriamente amenazada.

Cuando se hallaba Alejandro en vísperas de dar nuevo impulso á las operaciones de esta guerra recibió órdenes del rey para dejar por entonces los Países-Bajos y trasladarse á Francia, donde Felipe II creyó mas necesaria su presencia. Veamos cuáles eran sus motivos para acudir con sus armas á los apuros de un reino extraño, dejando desatendidos los negocios propios.